

LA HUELGA GENERAL

PERIÓDICO LIBERTARIO C.D.H.S.-A.E.P.

Barcelona

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

ESPAÑA

Trimestre: 0'75 Pta.—Un año: : : : 3 Ptas.
Paquete de 25 ejemplares, 1'75 pesetas

Toda la correspondencia al Administrador

ALDANA, Núm. 3, 2.º 1.º — BARCELONA

PUBLICASE

Los días 5 y 20 de cada mes

ADMINISTRACIÓN Y REDACCIÓN

Días laborables de 9 á 10 y de 20 á 21

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

EXTERIOR (Unión Postal)

Trimestre: : : : 1 Pta.—Un año: : : : 4 Ptas.
10 ejemplares 1 peseta

No se admiten devoluciones

El 1.º de Mayo

La única utilidad reportada hasta ahora por la designación del 1.º de Mayo como día excepcionalmente destinado á las reivindicaciones obreras, consiste en haber convertido esta fecha durante los primeros años del decenio anterior, en motivo y pretexto de agitación social.

Desde la fecha remotísima en que el mundo que habitamos existen víctimas y verdugos con los correspondientes accesorios de injusticias y barbaridades, está la humanidad en período constituyente, y de todas las peripecias tristes y alegres, más de las primeras que de las últimas, que llenan la historia, habíamos sacado fechas solemnes ótro que contuviera número infinito de ellos, habiendo, por tanto, de contentarnos con formar calendarios parciales en que por grupos de creencias religiosas, de razas, de naciones y aun de pueblos, se celebren los aniversarios y las fiestas de toda clase.

Siendo, pues, las fiestas recuerdos é imposiciones del pasado, una que mire á lo porvenir carece de base sólida y corre peligro de caer en ridículo; y mucho me temo que el intento de convertir el 1.º de Mayo en fiesta del trabajo, más que una fiesta socialista sea un caso de atavismo inconsciente en que se obre por el impulso de aquella otra místico-pagana llamada de los flores de Mayo, á que todavía concurren los católicos cantando:

Venid y vamos todos
con flores á porfía...

No hay que olvidarlo: el trabajo en la actual sociedad, modelada por la civilización cristiana, ya que está bajo los auspicios del Papa ó de la Biblia, según sean las naciones católicas ó protestantes, tiene sobre sí la maldición del Génesis: «Maldita será la tierra por amor de ti; con dolor comerás de ella; con el sudor de tu rostro comerás el pan...» Y los trabajadores, los que verdaderamente comemos el pan con el sudor de nuestro rostro y con la humillación de nuestra dignidad por la explotación, cumplimos una condena de maldición que nuestros dominadores quieren que sea eterna, puesto que suponen que fué un día infalible quien en un arranque de ira se escapó hasta pronunciar palabras brutalmente arísticas.

No; mientras que por ignorancia y subsiguientemente servilismo se consienta en

que el supremo jerarca de una institución esencialmente antiprogresiva y el prestigio de un libro anticuado imperen en el mundo, no ya fiestas del trabajo, sino ni un momento de paz, ni un instante de consuelo, pueden permitirse los trabajadores conscientes y dignos.

Además, el 1.º de Mayo es un recuerdo de guerra, representa ya sangrientos episodios de la guerra social, declarada por el proletariado militante á los privilegiados de toda clase y de todos los países, destacándose el que inmortalizó á los trabajadores que murieron en la horca y cuyo nombre pasó á la historia con la gloriosa denominación de los mártires de Chicago; y el de Fourmies, que trae á la memoria la matanza dados de la República Francesa.

Fiestas del trabajo habrá probablemente en los tiempos venideros, pero será cuando la ciencia, desligada de los vínculos que la sujetan á los estrechos límites que le permite el privilegio, se extienda á todos y redima de la farsa divina y de la tiranía burguesa á los que trabajan. Véase el *Trabajo de Zola*.

Como la difusión de la ciencia ha de traer consigo la destrucción de todas las instituciones que sirven para despojar de la producción á los productores, y esto se conseguirá con el triunfo de la última batalla que ganen los trabajadores sobre sus enemigos los privilegiados, bien podrán los vencedores, que lo serán entonces todos los humanos confundidos en fraternal solidaridad, dedicar solemnes fiestas á esa potencia creadora, fundamento esencial de la vida social y poderoso auxiliar de la individual, á la par que recordar la penosa y larga evolución que les llevó á tan feliz estado.

Entretanto, fijar la consideración en el ideal que nos guía, asaltar por el estudio esa ciencia que se nos arrebata, disponer nuestras energías para arrancar revolucionariamente de los privilegiados esa riqueza social de que se nos despoja... eso es lo que debe ocupar principalmente nuestro entendimiento y nuestra voluntad, no esas fiestas con que se pretende separarnos de la vía recta que conduce á nuestra emancipación, y cuyo único resultado práctico consiste en que la multitud, oficiando de vil comparsa, se postre ante los santones que cobran dietas, ejercen de superobreros y surten de candidatos la feria electoral.

Dos gritos principio de siglo

A principios del siglo pasado hubo hombres que gritaron *vivan las cadenas!* y el mundo se escandalizó tomándolo como exageración de cínico fanatismo.

En la actualidad, principio también de siglo, hay trabajadores que gritan *viva la república!* y hay quien cree que el tal grito es signo de cultura.

He aquí dos preocupaciones que conviene desvanecer.

El escaso número de españoles en quienes halló eco el movimiento enciclopedista y revolucionario de Francia de fines del siglo XVIII, se mostró activo y entusiasta; á través de la pesadumbre abrumadora de los errores religiosos, *trató de ser el progreso dominante* y previó el ideal del progreso y sintió los felicitosos transportes del amor á la humanidad, del más sublime altruismo, á nada comparables, y por nada, ni aún por los más vehementísimos del amor carnal satisfecho superados.

Entre los españoles estacionarios y regresivos de una parte, y los progresistas de otra, se levantó la natural pasión, y en la imposibilidad de convencerse unos á otros se estableció una lucha, primero de calificativos injuriosos, precursora de la guerra civil que más tarde tanta sangre y ruinas costó á la nación.

Contestando á las infamantes denominaciones sugeridas á la multitud ignorante por los llamados apostólicos contra los liberales, éstos replicaron llamándoles *serviles, esclavos*, y los calificados de tal manera, fuertes en su fanatismo, que para ellos significaba su convicción honrada, porque su carencia absoluta de ilustración no daba para más, respondieron: ¡A mucha honra! *serviles, esclavos...* pero de Dios, de la Patria y del Rey! *Vivan las cadenas!* (las *caenas* en su inculto lenguaje).

Ni más ni menos han hecho antes y después los que aceptaron como denominación honrosa los denigrantes calificativos de *gueux*, *pillo* ó *mendigo*; *sans-culotte*, *d-scamisado*; *canaille*, *canalla*; *trimardeur*, algo semejante á *ganapán*; *proletario*, cuyo verdadero y primitivo significado no va más allá de proveedor de prole para el servicio de los señores, lo que, tratándose de hombres, es ponerlos al nivel de los burros que merecen el título de garañones.

A mediados del siglo anterior reflexionaron las grandes concepciones de

los pensadores de la Convención en la inteligencia de Proudhon, en Francia, y se condensaron las doctrinas de la escuela alemana, en forma asequible á la capacidad popular, en la inteligencia de Pi y Margall, en España.

Ambos pensadores se declararon anarquistas, pero el segundo escribió estas palabras que debieran plantarse en la espalda de todo candidato republicano, y, como cartel de vilipendio, á la puerta de todo centro ó club democrático: «*La República es aún opresión y tiranía.*»

Vino después la Internacional, agrupando á los trabajadores de todas las razas, de todas las religiones, de todos los idiomas, de todas las naciones, encaminándolos á su emancipación, porque bajo todas esas distintas agrupaciones eran esclavos; á su impulso y por la fuerza de las circunstancias se proclamó la *Commune*, y, no hay que olvidarlo, una república sacrificó ante el altar del privilegio y rindiendo pleito homenaje á la burguesía dominante, treinta mil trabajadores, en París, en Satory, en Nueva Caledonia.

El juicio de Pi y Margall fué, más que confirmado, excedido, sobrepujado de una manera sangrienta. A la *opresión* y á la *tiranía*, entrevistas por el filósofo, la burguesía añadió y escribió la historia la *matanza*.

Eso hemos recordado constantemente los anarquistas á nuestros compañeros de trabajo en la fábrica, en el campo, en el taller, en el mitin, en el periódico, desde la cárcel, desde el presidio; eso significa el grito ¡Viva la Anarquía! Germinal lanzado delante de los verdugos, otero republicano, lo sabes: no tienes disculpa como tu abuelo.

¡*Vivan las caenas!* significaba viva mi conciencia, viva mi creencia, viva mi libertad.

¡*Viva la república!* significa... lo que tú quieras; engáñate á tu gusto; complácete al candidato que cuando sea diputado votará leyes de defensa del orden social exclusivamente dirigidas contra ti; sométele al yugo; ponte debajo de la albarda democrática; retrasa con tu desvío un poco más lo que tanto urge que avance; distrae tu hambre fabricando ovaciones; lee, si sabes, las entusiastas reseñas de tantas ovaciones á tu mujer, que no tiene un céntimo para ir á la plaza, y á tus hijos, que te piden pan y á quienes sólo puedes darles democracia; pero sufre estas verdades:

Allá en tiempos antiguos hubo proletarios que pedían: *Panem et circenses*; los españoles del siglo anterior querían: *Pan y toros*; hoy tenemos carpinteros en huelga hace muchas semanas que han agotado todos los recursos, que han vendido ó empeñado hasta las claves, que viven de la ración societaria de judías ó patatas y que suspenden un mitin propio por ir á la plaza de toros para escuchar á Lerroux; es decir, se dan más barato que sus antepasados: *ni pan ni toros*. ¡Hambrientos, dan ovaciones á cambio de charlatanismo!

ANSELMO LORENZO

Quedan servidos todos los pedidos del folleto Manual del Soldado, y advertimos á los correspondientes que, según nuestra costumbre, no lo remitimos más que á los que nos lo piden. Sirvan estas líneas para deshacer malas interpretaciones.

Información sobre la Huelga General

6

Compañeros de LA HUELGA GENERAL, á vuestro tema: «¿Qué debe hacer el Proletariado al día siguiente de la Huelga General?» respondemos:

Alecionados por la *Commune* de París, cuyos defensores se convirtieron en guardianes inconscientes de la propiedad, para que nadie tocara los caudales amontonados por el fraude, por la explotación, por la usura en las cajas de los particulares, en los bancos y casas de crédito, que luego sirvieron para pagar indemnizaciones de guerra y para el rescate de los prisioneros necesarios para matar comunalistas, creemos que nosotros no debemos caer en este mismo defecto, y sólo debemos respetar lo útil y necesario derribando todo cuanto se halle á nuestro paso y pueda ser un estorbo para la humanidad futura.

No hay duda que las clases burguesas se escudarán en la ignorancia de la masa para ganar la batalla, y los radicales nos hablarán de la inoportunidad de ciertas operaciones revolucionarias, pero entonces será cuando los convencidos, los altruistas deberemos estar en contacto con el pueblo obrero, que es nuestro propio elemento, á fin de que á los descontentos que quieren renovar la esclavitud se les haga comprender los maquiavelismos de la burguesía explotadora.

Al día siguiente de la huelga general, debe el pueblo tomar posesión de todo lo que actualmente constituye la propiedad de la comunidad.

Convencidos de que el trabajo es una necesidad, á él nos someteremos, ya como medida higiénica necesaria para nuestro organismo, ya para satisfacer con nuestro esfuerzo voluntario las necesidades de la vida. Por otra parte, la Sociología ha demostrado que aprovechándonos en común de los adelantos de la Ciencia, pocas serán las horas de trabajo que el hombre habrá de dedicarle, y ello nos dará como lógica irrefutable, que el que al trabajo se niegue será un enfermo ó degradado, y como tal deberemos compadecerle.

Es necesario al día siguiente de la huelga general, hacer humanidad nueva. Debemos procurar amar la vida, hacerla lo más ampliamente posible, convertirnos en agentes activos del progreso mirando á las regiones serenas del Ideal, acercándonos cada día más á la perfección para que lleguemos en un todo armónico y saludable á establecer la paz en la tierra.

No se nos escape que para llegar á la meta de nuestra sociedad feliz, es preciso dejar el lastre de preocupaciones y prejuicios que convierten al hombre en autómatas, en vez de ser pensante; pero si perfeccionamos al individuo cada día más, si le capacitamos para vivir en una sociedad sin privilegios en que no haya quien mande ni quien obedezca y le sugerimos que sólo debe guiarse por los impulsos de su conciencia, haremos humanidad superior, libre é igualitaria.

El malestar social á que nos condena la sociedad actual hace que los hombres vivamos en continua guerra, las pasio-

nes se desborden y aparezcan señalados como crímenes lo que sólo son estados psíquicos del hombre. Condenamos, pues, la sociedad actual, y consideramos que la sociedad nuestra, la del porvenir, basada en el respeto y en el amor, en el individualismo dentro del comunismo, vivirá perfectamente sin autoridad, religiones y toda la escuela de sus adherentes, que hacen de la humanidad un conjunto de seres cansados de vivir.

Somos los trabajadores los artistas de la vida, consideramos que el que no produce por preocupación de clase, por considerar maldito el trabajo ó por otro género de vicio, error ó superstición, no tiene derecho al banquete social, y por ello nuestro lema es: uno para todos y todos para uno.

EL COMITÉ

Hay un sello que dice: «Sociedad de Oficiales Albañiles de Barcelona-Gracia.»

Comunicaciones

¡JUSTICIA! AEP - CDHS BARCELONA

Detalles fidedignos de los sucesos ocurridos en Badajoz el 1.º de junio de 1902

Serán próximamente las siete y media de la mañana de dicho día, cuando salieron á la puerta del Pilar los obreros Antonio Muñoz, Antonio Martínez y el Maleno, y viendo salir á trabajar al obrero Tanco, se le acercaron á preguntarle si no sabía el acuerdo que en la noche anterior se había tomado por la Sociedad. Entonces una pareja de la guardia civil que de antemano estaba apostada con el objeto de evitar que se ejercieran coacciones, les mandó que se retiraran; pero habiendo llegado en el mismo momento el inspector de orden público ordenó éste á la pareja que prendiera y llevara á la cárcel á los tres obreros antes mencionados, como lo verificó en el acto. Al acercarse al sitio llamado Esquina del Rastro, se les puso delante un grupo de mujeres pidiendo la libertad de los detenidos y tratando de oponerse á que fueran llevados á la cárcel retirándose ante esta imposición la pareja á dar conocimiento de lo que ocurría y dejando en libertad á los que conducía.

Al poco rato apareció la misma pareja conduciendo á otro preso, al que habían hecho recorrer las calles más céntricas de la población, y donde quiera que veían un grupo de personas ordenaban al detenido que se pusiera boca abajo y ella amenazaba á la multitud con los maderos apuntando á diestro y siniestro en actitud de disparar. Cuando llegaron al sitio antes referido, volvieron á ordenarle otra vez que se ponga boca abajo y ellos á amenazar y apuntar al grupo formado. A esto se presenta la caballería, dando una carga sable en mano, sin que precediera provocación alguna, atropellando al público sin distinción: hombres, mujeres, ancianos y niños fueron arrollados sin consideración alguna. Los vecinos vieronse obligados á cerrar las puertas de sus casas y si alguno se atrevía á salir era igualmente perseguido y atropellado.

Restablecida la tranquilidad se presentó en el sitio de la ocurrencia el gobernador civil y á todo el que se encontraba le mandaba que se retirara al Centro Obrero, ofreciéndoles que él también se presentaría después en dicho Centro...

En efecto: cuando ya se encontrarían reunidos en dicho local como unos quinientos obreros, en lugar del gobernador se presentó una sección de guardias de caballería al mando del teniente Sr. Carrillo, y sin mediar por nuestra parte la más pequeña provocación, ni por parte de ellos orden previa, aviso ni intimación alguna, da otra carga sable en mano contra algunos que se hallaban en la puerta y junto á la entrada del local, mientras que por otro lado tres parejas de infantería habían entrado en el cuartel de San Agustín y desde ambas veíanlas que dan frente al Centro formalizaron contra nosotros un continuo tiroteo, haciéndonos más de cien disparos. Hecho increíble si no leyéramos diariamente en los periódicos referir otros de la misma índole.

Viéndonos acometidos de tal modo y por todas partes, en vez de apelar en nuestra propia y legítima defensa, á los medios que hubieran estado á nuestro alcance, buscamos una salvación en la huida, cada cual por donde pudo, saltando algunos las paredes de los corrales inmediatos.

Hé aquí relacionado el hecho tal como sucedió... Mas no termina aquí el caso. Encarcelados muchos de ellos y sujetos á un Consejo de Guerra, no sabemos hasta que punto procedente, estamos esperando sus resultados; sufriendo mientras tanto inocentemente grandísimos perjuicios en nuestras casas é intereses, y nuestras familias, pobres todas, las consecuencias naturales del abandono forzoso en que se encuentran. ¡Y qué tri te es oír á nuestras esposas é hijos pedirnos pan y no poderse proporcionar!

Cárcel de Badajoz 11 de Abril de 1903.

Los obreros Pedro Macías, Antonio Solano, Andrés Chaparro, Manuel Lara, Juan Chorizo, Jerónimo Grandioso, Calixto Ganer, Agustín Gutiérrez, Manuel Cuba-

llero, Narciso Sánchez, Manuel Antúnez, Pablo Delgado, Juan Anador, Rafael Corchado, Fernando Jiménez, Ramón Romero, Juan Beras, Ramón Martínez, José Arques, Juan Félix y Zeilo Bacilio.

Hemos recibido un largo y razonado Manifiesto de la federación "Faro de Andalucía," aconsejando el desprecio á la farsa electoral. Acompaña una circular anunciando para el 15 de abril la aparición del quincenario defensor del obrero *El Faro de Andalucía*. Dirección, José Mesa Balderrama, Llano del Mariscal, 4, Málaga.

Bibliografía

El Matrimonio, por varios amantes del Progreso.—Interesante folleto en que con lenguaje conciso y claro se dicen cuatro verdades. Bueno es eso, y lo aplaudimos; pero cuando se invoca el progreso hay que pensar mucho antes de afirmar un límite, y en este trabajito nos ha parecido ver uno, señalado por sus autores, que tiene un más allá, negado por ellos y que nosotros afirmamos como más perfecto y racional; y como no nos duelen prendas, allá va: consideramos la familia, como la nación, instituciones transitorias; por eso negamos la Patria y el Estado; del mismo modo que es pasajera la familia y el matrimonio bajo todas sus formas, quedando subsistentes la solidaridad y el amor más firmes que nunca, triunfante la Anarquía, en el desarrollo de la libertad, tesis expuesta en nuestro trabajo «La Procreación Humana» en el *Segundo Certamen Socialista*.

Anúnciásenos la próxima aparición de *Voz del Ter. año*, de Morón; *El Despertar del Terriño*, de La Línea, que, con *La Voz del Campesino*, de Jerez, tratan de convertir en hombres á los actuales siervos de la gleba. Nos place mucho ver ese movimiento intelectual de los agricultores, avano del gran día, porque á la altura en que nos hallamos de ellos depende: en cuanto el campesino se entere de que la troje señorial no ha de ser la del trabajador; de que no ha de cambiarse fruto por dinero, sino por productos científicos, artísticos é industriales; de que el propietario lo es únicamente porque está inscrito en el Registro de la Propiedad; de que ese Registro vale ante el derecho natural tanto como las coplas de Calainos ante la verdadera poesía, y de que el agricultor no ha de ser esencialmente un burdo gañán, sino que puede y ha de ser hombre de razón, de sentimiento y de energía en toda la extensión humana, la sociedad burguesa se irá volando de un papirootazo, sin que le valgan mausers, ejércitos, ni escuadras, que quedarán tan lucidos como los batallones y los barcos de Jerges en las Termopilas y en Salamina, que al cabo de veintitantos siglos todavía se burla de ellos la historia.

Aprovechamos esta oportunidad para hacer una declaración: algunos compañeros nos han pedido que colaboremos á su obra, á lo que respondemos: por ahora y con la pluma, ni podemos ni queremos: el que emprende una obra emancipadora es por ese mismo hecho capaz de ella, y ha de acreditarlo con sus actos; un auxilio intelectual, aunque se trate de compañeros emancipadores, produce efecto negativo y desanima en vez de excitar actividad. Además el obrero industrial tiene su estilo amanerado al gusto literario burgués, no siempre comprensible para el campesino; eso aparte de la incompetencia en la especialidad de las penas y aspiraciones de esos últimos parias.

¡Adelante y querer, querer con voluntad de hierro, de muerte si es preciso; eso es lo que necesitan esos hermanos nuestros del terriño! Eso les deseamos, enviándoles además un abrazo cariñoso.

De Buenos-Aires nos llega una hoja titulada *A los trabajadores del campo y de la in-*

dustria de Europa, con cuatro inmensas columnas de lectura, relatando las maldades que contra el trabajador que pasa el puente republicano se cobijan en aquella nación maldita llamada República Argentina.

Ni podemos insertarla, como se nos pide, ni es necesaria su inserción, nuestros lectores conocen ya el asunto, y no es probable que les seduzca el canto de *¡Libertad, libertad, libertad!* que sirve de hipócrita reclamo en aquel infame antro de tiranía.

La Moral Anarquista, por P. Kropotkine, traducción de A. Cruz, biblioteca de *El Proletario*, 15 céntos.—Precioso trabajo de vulgarización anarquista. Aquellas 34 páginas desvanecen preocupaciones, trituran convencionalismos, convierten inmerecidos respetos en justificados desprecios; en una palabra, ponen al derecho un mundo al revés. Como que no hay nada más inmoral que la moral corriente, porque ella es la sanción doctrinal de todas las usurpaciones, de todas las tiranías, de todos los errores dominantes en esta sociedad del tira y afloja, no puede haber trabajo más importante que esa evidéntisima demostración hecha por Kropotkine. Leerla y entenderla es emanciparse de hecho y de derecho. Para el trabajador que la haya leído y entendido, tanto si sufre directamente miseria y persecuciones, como si atraviesa una época de relativa tranquilidad, el cura, el gobernante, el lexislador, el militar, el propietario, el burgués de toda clase, lo mismo que los libros santos, los códigos, las constituciones políticas y cuantos tnanantes y justificantes corren por el mundo del privilegio quedan en el lugar que les corresponde, y, flotando idealmente hermosa y racionalmente práctica, resulta la moral de la vida; la moral que necesitan hombres y mujeres de carne, hueso, pasión é inteligencia.

El Evangelio del Obrero, por Marselau, Biblioteca Económica, 5 céntos. Sevilla.—Requerido histórico, voz del sepulcro, eco de una conciencia mártir, de todo un mundo de dolor escrito por un ex-seminarista, ex-republicano, ex-libre ensalor, ex-internacional, ex-anarquista, que profesó en la Trapa y de quien hace algún tiempo se dijo que era fraile del Sacro-Monte en Granada. Su trabajo es simpático; viene á ser una parodia evangélico-revolucionaria, de la cual puede sacarse alguna substancia á semejanza de la que sacan los perros de un hueso retirado de la mesa.

Adelanto positivo

A medida que el desarrollo de las ideas de reivindicación social adquiere mayores vuelos, crece considerablemente el número de obreros conscientes, y poco á poco son muchos los que dejan de ser máquinas que trabajan para convertirse en hombres que razonan.

Hace algún tiempo, poco ciertamente, era raro encontrar un solo jornalero que se diera cuenta de su condición y quisiera mejorarla económica y socialmente. En pocos años se ha apoderado de casi todos un vivo deseo de reforma y un impulso poderoso de rebeldía.

Si se prescindie de los intereses puestos en lucha, no habrá quien niegue que tal estado de cosas significa un gran adelanto. Si antes eran los obreros rebafío embrutecido por la fatiga y por el vicio, y hoy muchos de ellos intentan sustraerse á la servidumbre económica, y se sustraen de hecho á la taberna y á la ignorancia y buscan ansiosos el periódico, el folleto y el libro, ¿qué duda cabe que ha mejorado con

ello mucho la condición general de la sociedad en que vivimos?

Cuanto más crece el número de los que estudian y se preocupan de sus propios males y de los males ajenos; cuanto mayor es el núcleo de los militantes á favor del progreso de las formas de convivencia social, más y más las costumbres públicas y privadas, la educación y el desenvolvimiento intelectual de todos y cada uno gana terreno y eleva el nivel moral de la sociedad.

¡Qué gran torpeza entristecerse por el espectáculo de las luchas contemporáneas! ¡Qué ceguera clamar por la mansedumbre de los pasados tiempos! Cada obrero que se rebela contra las fatalidades ambientes es tautor poderoso de dignificación futura y de elevación actual. No hay nadie que con buen juicio pueda aducir la más pequeña razón en contra de este movimiento renovador que convierte en hombres á los esclavos, que hace inteligentes á los ignorantes, virtuosos á los viciosos, pensadores á los indiferentes.

Y es torpeza mayor todavía que sea el egoísmo quien lance todo género de arbitrariedades contra aquellos que más se distinguen por su ardor en la lucha, por su inteligencia y por su energía en la acción y en la conducta. Los que suelen llamarse jefes, cabezas de motín, agitadores, etc., son generalmente el blanco de las iras de intereses puestos en litigio. Se dice desconsideradamente que sin las instigaciones de aquellos que capitanean á los obreros, si se trata de una huelga, por ejemplo, todo sería paz y contento y estaríamos de sosegados como en una balsa de aceite. Lo más natural entonces es que se persiga, que se encarcele á los únicos tal vez que merecen el dictado de hombres á los que piensan y sienten algo, á los que han aprendido á hacerse respetar.

Se olvida que en las demás clases sociales son también cuatro ó cinco los que promueven y sostienen una agitación cualquiera, mercantil, política, etcétera; y estos cuatro ó cinco son siempre los más vivos y más inteligentes, los de mayor iniciativa y los de mayor energía.

El resto es, desgraciadamente, rebafío. ¿No es, pues, deseable que aumente el número de estos hombres que piensan y sienten, de estos hombres que quieren ser respetados, que son capaces para la acción? ¿No son dignos de encomio, de aplauso y de respeto?

No faltará el socorrido argumento de la beligerancia. Son enemigos que hay que combatir hasta la eliminación si es necesario.

Bien; en el debate de los intereses, es cierto; el obrero que lee, que estudia, que lucha, ese es el enemigo, el enemigo de todo lo existente. Pero hay un punto de vista más noble, más elevado, para la misma burguesía: el de los intereses más humanos y también más justos del progreso social, del perfeccionamiento del individuo y de la especie, que obliga á considerar las cosas de otra manera. Bajo este aspecto, el verdaderamente real para todo hombre pensador, el obrero que sabe ó quiere hacerse respetar y que estudia y que lucha por su mejoramiento y por su emancipación, es un elemento positivo de adelanto que concurre, como ninguno, á la completa dignificación del individuo.

Por ello, cualesquiera que sean las crudezas de la polémica, las crueldades de la lucha, las incidencias de la moderna contienda en que se ventila la justicia misma de la organización social, es torpe y es ciego y es absurdo atentar contra lo único sano, lo único inteligente, lo único de positivo valor que hay en medio de la multitud que se agita convulsa pero incapaz de hacer ni pensar nada por cuenta propia.

Está en el interés común de la colectividad el aumento creciente, rápido, de los hombres de iniciativa y de pensamiento, de inteligencia y de acción. Otra cosa equivaldría a poner al servicio de los pequeños intereses, más ficticios que reales, una masa de bestias, que no de hombres.

Y á estas alturas no hay posibilidad ni fuerza bastante para retrotraernos á un estado social que la misma burguesía repugna. Ya iniciado el movimiento, ni aún detenerlo es factible.

Por encima de todos los intereses creados, flota el interés supremo de la humanidad entera. La burguesía lo confiesa á cada paso por boca de sus catedráticos, de sus doctores, de sus artistas. En todas partes vive un poco la idea nueva. No falta mucho para que en público y de modo solemne se reconozca que son los mejores precisamente aquellos á quienes se persigue con encarnizamiento. Se intentará eliminar al enemigo, pero se va transigiendo con él.

Tal reconocimiento señalará el último instante del mundo que agoniza.

R. MELLA

De la Patria

puerta de la gloria, cuyos umbrales están formados por la espada del héroe que recibe el juramento y por el lienzo recogido sobre el asta, un sacudimiento moral transiorma su ser, y lo convierte en soldado; es decir, en hombre perfecto, en ciudadano benemérito.

Ni un solo ciudadano dejó de descubrirse al desfilar la enseña; ni uno solo dejó de enviarse su saludo con la noble efusión de las almas patriotas.

Ambiente de patriotismo, de patriotismo leal, hondo, se respiraba esta mañana en el patio de San Juan.

(De un diario burgués acerca de la jura de la bandera.)

Hablemos de la patria: es esta una idea muy manoseada; progresistas, estacionarios y regresivos, es decir, los que van adelante, los parados y los que vuelven atrás, tienen de la patria muy diversos conceptos; y por si acaso falta algo para embrollar la cosa, hasta los indiferentes, los neutros, los pancistas se mezclan, como queriendo dar á entender que se puede tener ó dejar de tener opinión sobre asuntos importantes de la vida, del universo ó de la muerte, pero la patria es intangible y que sobre este asunto no cabe más que ser patriotas: ¡alto aquí! lo primero que requiere el entendimiento para poder dar su fallo sobre un asunto es que las ideas que integran un juicio estén bien definidas y sean bien comprendidas; lo contrario es absurdo y ridículo: supongamos que dos trabajadores, por ejemplo, uno carpintero y otro de otro oficio cualquiera, han de juzgar una herramienta de carpintería, y el carpintero, que tiene experiencia y conocimientos suficientes, la califica de buena, y el otro, incompetente, la encuentra mala; todo el mundo convendrá en que el juicio del primero puede ser valedero, y el del segundo ha de ser esencialmente malo; ¿por qué? porque el primero tiene ó puede tener idea clara y positiva de la herramienta y de la bondad que le aplica, mientras que el segundo, si bien sabe que lo bueno es, en materia de herramientas, lo útil, lo duradero, lo económico, etc., carece, respecto de la herramienta en cuestión, de las nociones suficientes para saber si le acompañan debidamente aquellos calificativos, á lo menos no tiene el conocimiento técnico y práctico.

Pues en materia de patria sucede que no está bien definida, que entre las definiciones corrientes que de ella dan nuestros sabios de profesión—los que, porque tienen dinero extraído de nuestra explotación, compran ciencia en esos bazares científicos llamados universidades,—las hay llenas de suposiciones, falsedades y contradicciones.

Para ahorrarme trabajo y expresar claramente mi pensamiento, nada mejor que la siguiente cita sintética del clérigo Coyer, instructor de un príncipe francés:

«Inspirado por el celo que me anima en busca de la verdad, he reunido en diversos países á hombres de distintas categorías, y les he preguntado: ciudadanos, ¿conocéis la patria? ante esa pregunta el magistrado frunció el entrecejo, el militar juraba, el cortesano sonreía burlona y maliciosamente, el capitalista indagaba si era cuestión de algún nuevo negocio, el trabajador lloraba...»

Analice bien el lector esa síntesis, y verá que para cada clase superior la patria significa la tolerancia de un privilegio y la práctica de una maldad; mientras que para el infeliz colocado en la situación inferior, representa el sufrimiento de la tolerancia de todos los abusos y de la práctica de todas las maldades sociales: «¡el trabajador lloraba!...»

En la vida de la humanidad, la patria es una institución pasajera, obra transitoria de la evolución progresiva, alberque de una noche que se abandona al día siguiente para continuar la marcha hacia el ideal.

No tienen razón los llamados patriotas; y lo menos malo que puedo decir de ellos es que se dan ese título por rutina, sometidos á una sugestión inconsciente; y si se atreven á replicarme que tienen certeza en su sentimiento y en su pensamiento patrióticos, diré con Spies, aquel gran anarquista á quien honró la horca republicana de Chicago elevándolo á la categoría de mártir de la humanidad: «¡El patriotismo es el último refugio de los infames!» Y esto lo dijo á propósito de que Grinnel, representante del poder judicial, ya excitaba el celo de aquel ignominioso jurado que le sentenció invocando el patriotismo, pero que, desobedeciendo, á sabiendas, bosquejando un pensamiento que para mengua de España en español se formuló en las alturas de Montjuich con estas palabras: «Es preciso cerrar los ojos á la razón.»

Según los lexicógrafos, patria y patrimonio, la una país donde se nace, y el otro bienes que proceden de los padres, son ideas que tienen por origen etimológico la palabra padre. Por tanto, á lo menos en el pensamiento de los inventores de la palabra, respecto de la patria todos los que en ella nos cobijamos somos hijos, y respecto del patrimonio somos hermanos.

Así quieren hacernos creer que es los que la definen cuando se trata del cumplimiento de deberes, ó sea las obligaciones que como tales deberes quieren imponérsenos. Si yo tuviera el propósito de aumentar el catálogo de las mentiras convencionales de nuestra civilización, haciendo interminable el ya harto largo que nos presentó Max Nordau, podría hacerlo recogiendo recortes de las frases tan ampulosas como embusteras con que hace poco tiempo se llenaban los diarios como eco de los discursos, de las arengas, de las pastorales, de los brídis y de los artículos con que nuestra privilegiada burguesía de frac, de uniforme, de toga, de sotana ó de levita se desbocaba con motivo de la guerra que libró á Cuba, Puerto-Rico y Filipinas de la dominación de la burguesía española para someter las colonias, que llevan ya consigo la explotación de sus propios burgueses contra sus mismos proletarios, á la de la burguesía republicana federal yanqui. No lo haré; hasta juzgo que, por desgracia, no es necesario, y digo por desgracia, porque á fuerza de tanta fraseología para lo falso y lo malo y tan corta expresión de lo esencialmente bueno y racional, todo el mundo está impregnado de «honor nacional», «gloria de nuestros antepasados», «instituciones venerandas», «bandera roja y gualda» y mil y mil frases vanas, huecas, retumbantes y necias que constituyen la monserga nacional, y cuando menos lo pensamos nos revenimos como el que ha comido

ácido, y así á veces hasta en el anarquista hay atavismo patriótico.

Sólo diré que de padre, hijos y hermanos, en esto de la patria, bien lo sabes lector ó debes saberlo, tenerlo presente y no olvidarlo jamás mientras vivamos bajo el régimen de la actual sociedad, no queda más que el nombre, y sobre la interpretación que de ella den los charlatanes del patriotismo y sobre la interpretación que tú mismo quieras darle cuando la preocupación patriótica te empuje á dar sentido común á lo que esencialmente carece de él, no queda de positivo más que esta interpretación: la patria es la propiedad, y el único que tiene el deber de ser patriota, porque es el mayorazgo ó el hereu social, es el propietario.

Siendo así la patria—y así es por el error tradicional que consagran las leyes y las instituciones que se contienen en esa triple caja que se llama Nación, Patria, Estado,—por el poder coercitivo que el Estado da á lo erróneo y á lo injusto, queda el patrimonio nacional como un lote de rapiña en estado de usufructo para los unos y de herencia para los otros, mientras nosotros los trabajadores nos hallamos despojados y desheredados, el propietario resulta único patriota de hecho, y es también el único que racionalmente puede evanescerse con el título de ciudadano. Yo, por mi parte, compañero lector, renuncio á él, no le quiero y le rechazo si alguno me le aplica por rutina y contra mi voluntad: todos los derechos políticos que pudiera, no otorgarme, sino reconocerme, porque mis derechos son parte integrante de mi personalidad, están anulados por ese registro de la policía que tiene mi libertad á merced de un funcionario burdo, sin instrucción, de los que el Estado paga á más bajo precio sin duda en relación de la clase de servicio que de él espera y que ya dos veces me ha arrancado de mi lecho, me ha separado brutalmente de mi familia y me ha encerrado en un calabozo. Yo no sé si tú querrás pasar ó no por ciudadano, yo no te lo llamaré, antes daré ese ya deshonrado título al burgués que nos explota, al casero que nos planta en la calle, al comerciante que nos sisa, al polizone que nos encierra, al político que procura embabearnos y hasta al cura que saca su ración con la cuchara del presupuesto ó bendice por dinero al que reclama sus servicios.

No lo he inventado yo, ni tampoco he de citar en mi apoyo pensamientos de demagogos insolentes: «El hombre es anterior y superior al ciudadano, y á eso me atengo». Por lo pronto ahí queda ese pensamiento de Renan. Ahora va este otro de Marmontel, célebre literato francés anterior á la revolución: «En la boca de los opresores del pueblo y de tiranos ambiciosos es donde principalmente retumba la palabra patria.» Y el famoso Mirabeau escribió: «La patria, para aquel que nada posee, no es nada, porque los deberes son recíprocos.»

Y todo eso es claro como la luz del día, porque como dice Ditré en *L'Humanité Nouvelle*, en resumen, «para aquellos que, masones ó jesuitas, nobles ó burgueses, poseen, gobiernan, mandan ó aspiran á mandar conservando las instituciones actuales, la patria es su interés particular, el interés de su clase ó de su casta, sus bienes, sus dignidades, sus títulos, sus empleos y la moneda de cien perras. Por eso se comprende que el general Savary en 1814, en vez de correr contra el extranjero invasor, haya podido exclamar: «Más temo yo á los cosacos de nuestros barrios bajos que á los cosacos del Don, y que después de la rendición de París, el general Ducrot haya osado decir ante la asamblea de Burdeos: «Si me batí en retirada en Champigny, fué porque temí un movimiento demagógico en París, y quise reprimirle.»

¡Patria, patria; tierra de los padres! ¡Qué burla más sangrienta para el hombre despojado de tierra, de casa, de ciencia; privado de higiene; falto de educación; reducido al salario, y forzado aún á ser defensor y sayón de sus dominadores!

Concretándose ahora, acerca de la idea patria, á lo que ésta sea respecto de la península que habitamos, he de hacer observar que la patria es elástica según las vicisitudes históricas; se estira ó se encoge á compás de las perepicias que ocurren á sus dominadores: unas

veces un rey débil que tiene por vecino otro rey que quiere ganar fama de pincho real ó de conquistador glorioso, ve sus fronteras atropelladas, y firma la paz dejando entre las uñas de su primo—sabido es que todos los reyes se llaman primos entre sí, aunque los primos seamos los que los aguantamos,—dos ó tres provincias, si no le despoja por completo del reino, importándole tres cominos el derecho divino del despojado; y el patriotismo de los vasallos que camblan de amo; otras veces se recorta un cacho de patria, como si esta operación se practicara con unas tijeras sobre un mapa, y se lo da en dote á una princesa fea que no encontraría novio sin esa ganga, y así van tierras y habi antes á la real alcoba á soportar esa cabronada patriótica; ha habido ocasiones en que la patria era tan pequeña que cabía en una cueva de las montañas de Asturias, necesitando la historia, para explicar el hecho, inventar el milagro-camama de Covadonga; en cambio ha habido otras en que el sol no se ponía en los dominios de un hombre taciturno y de mal corazón llamado Felipe II, y entonces fué necesario glorificar las sangrientas usurpaciones de criminales aventureros como Pizarro, Hernán Cortés, etc.; según en qué épocas, todos los que hoy se llaman españoles eran recíprocamente compatriotas ó extranjeros, y podrían encontrarse luchando como compañeros de armas en el mismo campo ó en otros diametralmente opuestos, porque aquí las patrias han cambiado de modo asombroso; de tal manera que si en un mapa de España hubieran de trazarse todas las fronteras que han existido, parecería un pliego de patrón de modas en que para aprovechar el papel se trazan todas las piezas de un vestido complicado, formando tal enredo de líneas que apenas se entiende la modista. Hemos sido todo lo que hay que ser: celtas, celtíberos, cartagineses, romanos, godos, visigodos, vándalos, suevos, alanos, hunos, árabes, según nuestros dominadores antiguos; y según las regiones, nos hemos considerado nacionales, catalanes, aragoneses, navarros, castellanos, valencianos, andaluces, de no se cuantos reinos: *compatriotas* de religión, aquí se ha adorado todo, siendo por turno paganos, mahometanos, arrianos, cristianos católicos ó protestantes; es decir, enemigos siempre, según el gusto del mandarin de época ó de lugar. Excusado es decir que si tales enemistades han existido entre los que antiguamente formaban el personal de los que hoy somos teóricamente hermanos por ballarnos, no diré cobijados, sino encerrados en las actuales fronteras, enemigos eran nuestros antecesores con todas las patrias del mundo.

Refiriéndome ahora á lo que las patrias anteriores han dado de sí y á lo que de los españoles ha hecho la patria actual, creo oportunas las consideraciones siguiente:

Si España en lo pasado ganó ó se le concedieron brillantes calificativos, en lo actual á todos ellos ha de anteponer un *ex* que indica que los antiguos merecimientos se hundieron en el abismo de la decadencia.

De noble, leal, generosa, eñprendedora, heroica, inteligente, artística, etc., califican á esta nación historiadores nacionales y extranjeros, y el nombre español va unido á grandes acontecimientos y á importantes progresos de la humanidad, pero en los tiempos que corremos he aquí el juicio que nuestra situación inspira á un escritor francés, que viene á ser como el eco de la opinión de Europa y América:

«La única salvación para España consiste en la inmigración de una raza superior, habituada á los grandes negocios mercantiles é industriales y apta para beneficiar los productos del suelo y del subsuelo.»

Por si esta opinión pareciese exagerada, véase lo que escribe un médico barcelonés.

«...Las tristes desgracias de nuestra desventurada patria, vencida, no humillada por una nación fuerte y poderosa, han despertado generosas iniciativas de regeneración, pero... el pero es siempre dubitativo, tememos que las tales iniciativas no germinarán en nuestra España, porque este pueblo español es un pueblo enfermizo, débil, enclenque, estenuado por su pésima administración pública, que le priva de lo más indispensable á su vida, le priva del amparo de la higiene. El pueblo español come

poco y mal. En las grandes ciudades habita lugares insanos en habitaciones pequeñas en inverosímil hacinamiento. La ciencia sanitaria en lamentable olvido, es causa, no solamente de la excesiva mortalidad que se observa en la mayoría de las ciudades de España, sino que es causa también de una espantosa morbilidad, hasta tal punto evidente que el tipo español es un tipo enfermizo caracterizado por el color pálido de sus tegumentos, su poca estatura y sus menguadas fuerzas físicas.»

La degeneración está, pues, en la masa de nuestra sangre; sangre de cura, de fraile, de mendigo, de torero, de ruñán, de burgués, de explotado; que es á lo que el privilegio ha reducido la de los héroes, los sabios y los artistas españoles; considerando además, de acuerdo con españoles inteligentes de los pocos que aun restan, según queda patentizado, que todos los propósitos regeneradores que se lanzan á la publicidad, por buenos que parezcan, serán letra muerta si no se abandona de una vez el laberinto de preocupaciones en que nos enredamos, y si no conseguimos que del fondo de ignorante pesimismo en que yace la desmayada voluntad, se yerga enérgica y entusiasta la dignidad humana que aspire á la realización del ideal.

Digámoslo francamente: el régimen nacionalista es incompatible con la libertad, y en él la aplicación de cuantas iniciativas surjan de la ciencia serán impedidas por el *mauser de Silvela* ó por el *tiro limpio de Moret*, que son los polos sobre que gira la sociología de la restauración monárquica española.

Hay que desengañarse: una nación ha de estar siempre bajo el poder de un Poncio, ora pretenda ser representante de un supuesto ser supremo que tiene por trono panteista el universo sin fin donde le colocó la cándida imaginación de los místicos, ó bien se atribuya la representación de ese pueblo soberano que es una infinidad de moléculas sin solidaridad ni cohesión, y por tanto sin personalidad positiva, por donde se va á parar á lo que no hay tal representación, y lo que se denomina tal no es más que una *carra manmesta*, llegando á caerse en la cuenta de que derecho divino y derecho democrático son dos fases de una misma falsedad, la llamada mentira política, y en este concepto, realista, absolutista ó republicano federal, tanto monta; para mí como si fueran correligionarios; podrá separarlos la aspiración á la mayor ó menor cantidad de autoridad, pero ambos me niegan mi libertad absoluta, ambos desconfían de mi suficiencia moral, ambos son continuadores y como sucesores directos de aquel primer legislador de maldita memoria que mandó que un trozo de tierra que limita por Norte, Sur, Este y Oeste, con tales otros trozos, es propiedad exclusiva de Fulano de Tal, y de aquel pedazo de mundo que es suyo, puede arrojarme á la fuerza y sólo me permitirá pisarle para trabajarle mediante un jornal, hoy que dicen que soy ciudadano de una nación libre, y mediante la pitanza á mis antepasados, cuando eran siervos ó esclavos; ¡maldita pitanza, maldito jornal, maldita propiedad y no menos abominable la ley y el régimen nacionalista que sostiene la causa de tantas maldiciones! Si; correligionarios son todos los políticos, correligionarios aún esos tráfugas de la causa de la emancipación obrera, esos socialistas que quieren un Estado obrero que llevará consigo todas las abominaciones que son esenciales al Estado, y que van hoy á los comicios, esperando llegar á los ministerios, desde donde impondrán el credo oportunista á los hambrientos, y así mientras habrá ex obreros hartos y lustrosos que hagan apuntar el *mauser-garantía* contra sus hermanos, irá rodando la bola como la rueda de la jaula de la ardilla, que voltea en pura pérdida sin moverse del punto donde está sujeto su eje.

Resulta, pues, que si la abstracción paternal con que quiere encubrirse la idea patria no distribuye equitativamente sus beneficios; si ante la posesión del patrimonio nacional no somos todos hijos ni hermanos; si el título de ciudadano y el calificativo de patriota han de comprender sin diferencia de ninguna clase á los que se hallan tan gravemente diferenciados, como que los unos son herederos favorecidos del mundo y viven en las alturas de la

vida, á expensas de las privaciones y de los sufrimientos de los otros pobres desheredados que se arrastran por los abismos de la miseria, y si la revolución social que venimos efectuando deja rezagados á todos los políticos del mundo, empeñados en el absurdo de echar vino nuevo en odres viejos, no queda más recurso que derribar las cuatro paredes que sirven de frontera á las naciones, abandonar el albergue de una noche, despabilarse revolucionariamente, y caminar.

ANSELMO LORENZO

Lección de Historia natural y contranatural

Marcelo se me acerca.

—Necesito hablar contigo, me dice.

—Bueno, háblame, contesto tomando la pluma.

—¡Vengo del Parque!... Allí he visto muchos animales: cabras, carneros, monos... ¡luego leones, tigres y panteras!... ¡Oh, pero fieras espantosas!... ¿sabes? ¡terribles!

—¡Por qué terribles?

—¡Toma! replica Marcelo, porque son malas... Figúrate: comen gacelas, que son tan hermosas... y otros animalitos tan mansos é inofensivos... Yo no sé cuáles...

—Sí; comen gacelas y otros animalillos, pero es porque tienen hambre.

—¡Y qué importa que tengan hambres! Es que son malos, y por eso comen hermosas bestezuelas que no les han hecho ningún mal.

—Pues no tienen culpa alguna en ello. Han nacido ca nívoros. Entiéndolo bien: carnívoros; es decir, comedores de carne y no pueden alimentarse de otra manera; no pueden comer hierba, ni frutas, porque morirían pronto, y se ven forzados á comer gacelas y otros animales cuya debilidad les pone á su alcance.

—No los disculpes; es que son malos.

—¡Si, eh? Pues tú bien has saboreado una gacelilla... ¿verdad? ¿verdad? ¿verdad? ¿verdad? ¿verdad? de donde se ha sacado ningún mal te había hecho; y sería seguramente tan gracioso, que daría gusto verlo jugar sobre la hierba y dar saltos al lado de su madre. Siendo tan inocente y tan bonito... se presentó un hombre y le degolló, y después le partió en trozos para dar la ración á ti y á otros niños.

—Pues, así, también los hombres son malos.

—Sí; los hombres son malos. Figúrate, dije yo á mí vez, que no se contentan, como los tigres, los leones, las panteras y otros carnívoros, con matar para comer, sino que matan por gusto, lo que, en la naturaleza, les distingue triste y cruelmente... Cuando el tigre está harto deja pasar los animalillos á su lado sin tocarlos; ni siquiera mata para que no le falta provisión desde el almuerzo á la comida, ni desde la comida á la cena. El hombre es muy diferente... ¡Te acuerdas de aquel cazador que nos saludó el otro día en el camino al pasar junto á nosotros?

—Sí.

—Pues se levantaba de la mesa, y sin necesidad alguna, por simple pasatiempo iba al campo á matar pajarillos, esos lindos seres que con sus movimientos y melodiosos cantos completan la belleza harmónica que con las líneas, la luz y los aromas forman el bosque y elevan el sentimiento y la inteligencia ante la grandeza y hermosura de aquel gran cuadro natural.

—¡Qué crueldad tan feroz!

—Pues todavía hay algo tan malo ó peor.

Aquel hombre vive de renta; periódicamente y sin trabajo ni otro merecimiento personal recibe una cantidad de dinero, que, según enseñan ciertos sabios á quienes llaman economistas, es trabajo acumulado, y mientras él va á hacer daño por no aburrirse en la ociosidad, hay trabajadores de toda clase de oficios que trabajan para él y para otros desocupados u ocupados en hacer daño hasta el aniquilamiento por un jornal mequino, y sufren ellos y sus familias privaciones tan esenciales de todo lo que es vital, que mueren muchos años antes del término natural de la vida.

—¡Qué horror! ¡Así á la ferocidad hay que añadir el homicidio!

—¡Justamente! El asesinato por la explotación, consentido, legal, y por tanto considerado como justo; y eso no hay león, ni tigre, ni pantera que lo entienda.

—¡Oh! ¡Eso horroriza y avergüenza!

—¡Y si fuera eso solo! Recordarás que el domingo pasado al salir de la conferencia de la escuela, en que un médico competentísimo explicó una lección de higiene, hallamos el paseo obstruido por regimientos, escuadrones, artillería y una cabalgata de galoneados, condecorados y emplumados que ostentaban despreciativa altivez hacia el pueblo, que, con indigna admiración, les contemplaba; pues venían de obligar á unos pobres muchachos, casi niños, á jurar con toda solemnidad por un nadie sabe qué llamado el Dios de los ejércitos, que matarán hombres y se dejarán matar por ellos, renunciando á sus ideas, á sus sentimientos y á su voluntad, obedeciendo el mandato de sus jefes...

—¡Oh!...

—¡Espera, niño, y fija bien tus ideas! Esos galoneados aumentan en grados, rentas, prestigio y lo que llaman honores según que han matado más ó se capacitan para matar en mayor escala... Y no sólo eso; sino que al que inventa máquinas para matar más á mayor distancia y en menos tiempo se le premia considerándole como benemérito de la patria; es decir, en nombre de todos, incluso tú y yo.

La indignación de Marcelo parecía la amenaza de una tempestad.

—Y no es eso sólo, continué; sino que cuando cumplas veinte años te vestirán de esa manera tan antiestética, te obligarán á marchar tan estirado y automático como esos pobres jóvenes y te impondrán ese juramento...

Lanzando palabras enérgicas, chispas eléctricas por sus ojos y con ademanes resueltos y varoniles se apartó de mí. ¡Pobre Marcelo; de cuán diferente...

DR. STOCKMAN

Libertad Individual

El caso de Alberto Ghirardo

El régimen democrático representativo de que blasonan los detractores de las ideas nuevas, está subvertido. Vivimos en plena dictadura. Ya no es el caso de temblar, como temblaba el formidable Ríos Rosas, ante la posibilidad de anochecer en Madrid y amanecer en San Petersburgo; hace tiempo que amanecemos en Constantinopla.

La libertad individual, síntesis de todas las libertades, la más querida de todas las prerrogativas inherentes á la personalidad humana, ha sido destruida por el poder arbitrario de un tiranuelo ensobrecido. ¡Y tenemos una constitución que, como palladium de las libertades modernas, se exhibe con orgullo ante los demás países del mundo! No son garantías, no son derechos, aquellos que sólo están inscriptos en el texto frío de la ley. La vieja Inglaterra con leyes y formulismos arcaicos, con un gobierno monárquico, con prácticas como la de la coronación, supervivencias de épocas de barbarie, es el menos oprimido de los pueblos, porque sus ciudadanos tienen conciencia de sus derechos y porque no hay ley que pueda destruir el convencimiento que tienen gobernantes y gobernados de que cada casa es una fortaleza. *My home is my castle*, dicen los ingleses.

Y esa fortaleza no tiene cañones, no tiene murallas. Puede ser, como dijo el gran Chatham, una choza donde penetre la lluvia y el viento: el Rey jamás entrará en ella.

Nosotros en nuestras instituciones no tenemos ceremonias donde se hagan cerviflexiones, no vivimos bajo el régimen monárquico; la Carta Fundamental declara que nuestra forma de gobierno es democrática y representativa; tenemos leyes nuevas con declaración enfática de los derechos de los hombres, y, á pesar de todo eso, los esbirros del Prefecto derriban las puertas de nuestras casas,—que en Inglaterra hasta en las bohardillas más miserables son

murallas insalvables,—apriman á los hombres y prohíben las manifestaciones de libertad; llevan en una mano el machete y en la otra la mordaza; símbolos ignominiosos de la tiranía.

Cuando sonó en nuestro país majestuosamente la campana que anunciaba horas de reivindicaciones proletarias; cuando las muchedumbres, obedeciendo á leyes fatales, formaron un solo pensamiento y una sola acción en presencia de la burguesía argentina atemorizada; cuando los desheredados,—como los plebeyos romanos,—después de haberse reunido en el *Forum* y escuchado las arengas de los tribunos se dirigían al monte Aventino,—el gobierno hizo tabla rasa de las instituciones escritas.

Y el maestro de derecho constitucional que desde la cátedra entonaba himnos á la libertad individual, convertido en Ministro, se arranca la careta y hace la apología del despotismo. Ignorante de la evolución económica que se opera en las sociedades, habla al país de agitaciones artificiales producidas en las muchedumbres por extranjeros que ponen en peligro la libre circulación del comercio interno y externo de la República. Y el extranjero es perseguido, malgrado la pomposa portada de la Constitución, que llama al suelo argentino á todos los hombres libres que quieran habitarlo.

El extranjero es quien ha arrastrado el arado, quien ha abierto el surco, quien ha arrojado la semilla para que se llenen los graneros de los ricos. ¿Por qué entonces perseguirlo? ¿Por qué? Porque ese mismo extranjero ha abierto otro surco, pero en la inteligencia del obrero, porque ha arrojado otra semilla, la de las ideas nuevas, semilla que germina y produce hermosa florescencia.

Todos los poderes se han coaligado contra los hombres nuevos. El Poder Legislativo otorga facultades extraordinarias al Poder Ejecutivo, haciendo caso omiso de que la Constitución les califique de *infames traidores á la patria* (art. 29)—el Poder Judicial, formado de ancianos cortesanos, tolera mansamente que se invada la esfera de sus atribuciones. Esos jueces son como aquel Embajador inglés á quien calificaba Mazzarino de *numerosos servidores de los acontecimientos*.

Y todos los Poderes han delegado sus funciones en el Jefe de los esbirros, verdadero tiranuelo, que con ribetes de Syla, es el que dicta las tablas de proscripción. Ha penetrado en los hogares, ha arrancado violentamente á los hombres; dejando á las mujeres y á los niños en la mayor de las desolaciones; ha sembrado odios y rencores. Pero todos estos atropellos habían sido cometidos contra los extranjeros, á quienes se ha conceptualizado fuera de la Constitución en virtud de una ley infame dictada por legisladores serviles y aplicada por jueces más serviles todavía. El argentino había sido respetado; la agitación se creía provocada por extranjeros exclusivamente; éstos partieron del país expulsados por el Poder Público y se creyó que todo había terminado. ¡Oh sorpresa! Las muchedumbres vuelven á conmoverse, se sienten estremecimientos, murmullos sordos y amenazadores capaces de hacer comprender al más ignorante que los movimientos de las multitudes obedecían á causas generales que venían desde muy hondo. Y he ahí que al argentino también alcanza el machete del esbirro. Ghirardo ha sido preso.

Alberto Ghirardo es un desertor de la burguesía, que ha puesto su talento y todas las energías de su carácter al servicio de la causa del proletario. Su característica psicológica es la del revolucionario rebelde: rebelde, altruista, amante de la libertad y animado de un gran espíritu de proselitismo. ¡Y bien! Alberto Ghirardo, el escritor Galano, el hombre culto ha sido detenido en plena vía pública por un ciudadano desconocido, quien titulándose agente de pesquisas decía obedecer á órdenes superiores, órdenes que hombres de su talla no pueden acatar. Por eso es que Ghirardo, sabiendo como sabe que la libertad individual es la más preciosa de las prerrogativas que tiene la personalidad humana, procedió como revolucionario, defendiéndose con la fuerza á la imposición del desconocido que decía ser agente de pesquisas.

Si Ghirardo ha aplicado un bofetón al que pretendía detenerlo, sea en buena hora; no es

la bofetada del sayón al apóstol; es la bofetada del hombre libre al lacayo, á todos los lacayos.

Ghirardo, que hasta el presente ignora la causa de su detención, ha sido acusado de atentado á la autoridad, vale decir, por un hecho posterior á la orden de prisión.

El rebelde me ha nombrado su defensor. ¡Ah! si yo pudiera decir, parodiando al molinero de Saint-Souci que resistía una orden de Federico II: "tenemos jueces en Buenos Aires". ¡Pero no importa! mi defensa, por lo menos, servirá para desprestigiar este orden de cosas ignominioso, demostrando con qué descaro se violan las leyes y los principios generales de toda democracia.

Pondré de manifiesto ante los jueces cómo el recurso de *habeas corpus*, consignado en nuestra legislación, es una burla sangrienta, cuando se recuerda que Hamilton en el *Federalista* negaba la necesidad de consignar en la Constitución una declaración de derechos, fundándose en que el auto de *habeas corpus* era suficiente;—diré que si la Policía de seguridad, según Stein y Leydel, cuya opinión es seguida universalmente, es la función ejecutivo-política en su tarea permanente de mantener el orden público y de ofrecer de un modo continuo las garantías suficientes á las personas, nosotros no conocemos tal Institución, y si sólo un regimiento de bandidos encargados de violar á diario la libertad individual de los ciudadanos; diré que para que exista una democracia es condición indispensable la separación de los poderes, y que en nuestro país los jueces no son sino agentes del Poder Ejecutivo; diré también que si en Inglaterra, donde no existe una Constitución escrita, siendo por lo tanto constitucionales todas las leyes dicadas por el Parlamento, los jueces encontrasen una ley en oposición al *common law*—que es la costumbre—es indudable que la declararían inaplicable—y que, por lo tanto, nuestros jueces, con mayor razón, existiendo una Carta Fundamental escrita, tienen la obligación de declarar inconstitucionales las leyes que violan abiertamente todos los principios deocráticos. Diré, por fin, que la prisión de Ghirardo es la consecuencia del incremento del movimiento obrero que se quiere detener, pero que es pueril pretender impedir el avance de una doctrina por medio de la fuerza.

Es indudable que se ha iniciado la era de la persecución para los hombres que han cometido el delito de luchar por el advenimiento de una sociedad mejor. Pero la persecución hará más fuertes á los luchadores, afianzará la fe, y hará inquebrantable la firmeza.

¿Habéis visto,—decía Echegaray,—flotar en el cielo las blancas neblinas. Son vapor de agua; agua en estado tenuísimo de densidad y en ese estado parece que nada son, no son una fuerza, el soplo del viento las disuelve, un rayo de sol las evapora.—Mas encerrad ese vapor en las entrañas de una locomotora, dadle temperatura, dadle un organismo, dadle por decirlo así carne de metal, dadle palancas de acero, y aquello que parecía una ilusión se convertirá en una inmensa fuerza industrial. Así son las nuevas ideas. Eran, hasta hace poco tiempo, las blancas neblinas, vapor de agua en estado muy tenue, vagaban en la nebulosa del sentimentalismo—pero agregad á las causas económicas que obran fatalmente, los desmanes de los gobiernos, las persecuciones brutales de los tiranuelos y aquellas ideas que eran como gases que flotaban en el cielo, tendrán ya su carne de metal y constituirán una energía capaz de producir transformaciones colosales.

Ved los resultados; durante la persecución llegan á las filas de los revolucionarios millares de jóvenes impulsados por la fuerza del ideal. Se les recibe con los brazos abiertos. Necesitamos una juventud fuerte, llena de salud en el cuerpo y en el alma, que piense con Guyau que el mundo es para los entusiastas que, tratando al porvenir como si fuera presente, mezclan de propósito deliberado el *no todavía* y el *ya*, para los espíritus sintéticos que abrazan á un tiempo mismo lo ideal y lo real, para los obstinados que saben atropellar la realidad y quebrar sus contornos rígidos.

ALFREDO L. PALACIOS

(De la revista bonaerense *El Sol*).

La Huelga General

Antes que definir lo que es la huelga general, es de primera utilidad definir por qué nosotros propagamos esta idea. Creemos inútil llevar á esta información una crítica profunda de la sociedad actual para demostrar las causas ó de donde proceden las causas del sufrimiento moral y físico, no solamente de numerosísimos productores, de los seres más humildes, sino también de muchísima gente favorecida por la fortuna y de individuos gastados por el placer.

Nuestros padres, proletarios imbuidos de ideas más ó menos generosas, no titubearon, á pesar de su doctrina humanitaria, en servirse de las armas para obtener lo que consideraban justo, igualitario y leal.

Recordamos la sangre vertida en el año 1792, nos repugna la matanza; pero á pesar de ello vemos obligados á confesar que para derrumbar el actual estado social, cuya descomposición es inevitable, nos veremos forzados á emplear nuevamente las matanzas de otras épocas.

El año 1792 con sus grandes violencias, produjo efectos notables en toda Europa, hizo temblar á todos los soberanos, pero no supo instaurar una sociedad duradera de verdadera justicia en la que todos los individuos hallarían todo el bienestar deseable. Hemos visto igualmente las revoluciones de 1830, 1848 y 1871, conocemos sus resultados; todos los individuos tenemos el deber de investigar cuál era la situación económica y política del país antes y después de cada revolución; cómo se declararon éstas, y comparando estas situaciones pasadas con las presentes, veremos la necesidad que tiene el proletariado de buscar otras bases que puedan lanzar el germen de esta futura y grande revolución internacional. Con este objeto pensamos servirnos de la huelga general, único medio que hasta el presente se ha reconocido eficaz para el servicio de aquella causa emancipadora.

Tranquilemos á nuestros adversarios. Estamos lejos de elevar á dogma este principio, creer irrefutable este medio. Pero para que nosotros renunciemos á esta propaganda que creemos eficaz, es necesario que nuestros adversarios opongan á nuestra doctrina algo que sea comprensible, discutible, que no sea un secreto, como pretenden y hacen los camaradas del Partido Obrero Francés.

Y consideramos igualmente que todo ciudadano que se llame socialista revolucionario debe aceptar todos los medios, sean cuales fuesen, huelga general y demás susceptibles de conducirnos á nuestro objetivo, absteniéndose de criticar estos principios, pero ayudando á los iniciadores de los medios que se enuncian á propagar su obra, pues de otro modo estos revolucionarios críticos, actuarán simplemente de charlatanes, de sofistas, á los cuales es conveniente alejar de nuestro lado. Algunos compañeros podrán objetarnos: En lugar de extender estas ideas revolucionarias ¿por qué no mandáis ó invitáis al pueblo á que mande á los poderes públicos representantes capaces de darle lo que reclama?

¿Pero qué vamos á esperar de un régimen en que todo está basado sobre la ambición personal? ¿Acaso no es la existencia de estos mismos parlamentos la causa del gran aborregamiento de los proletarios á quienes se promete el bienestar futuro por medio de un factor que han reconocido impotente todos los ciudadanos esclarecidos y enemigos de la ambición?

En todo caso ¿no está aquí el pasado para probarnos que la humanidad en su marcha hacia la emancipación no tiene ninguna etapa que no esté manchada de sangre, pasado que por entero parece decirnos, y nos enseña efectivamente, que si queremos el bienestar debemos tomárnoslo nosotros mismos?

Veamos ahora la posición real de este gran movimiento y entremos en el asunto huelga general.

No nos haremos un deber de animar y preconizar las huelgas parciales, que consideramos nefastas, aunque den resultados apreciables algunas veces, porque no compensan los sacrificios hechos y porque, además, los resultados que pueden dar son impotentes para modificar la cuestión social.

¿Quién osará sostener que las huelgas parciales significan un alivio, una mejora para el proletariado? ¿Es que no recordamos la famosa huelga de los mecánicos ingleses, de esta organización que poseía algunos millones y que á pesar del apoyo internacional que tuvo, fracasó lastimosamente, lo cual no nos sorprendió, pues es un hecho innegable que no van á ser los ochavos de un determinado número de trabajadores quienes pueden luchar con ventaja contra las sumas colosales que poseen los patronos?

Mirada la cuestión bajo este aspecto y considerando que la huelga pasiva, la del ochavo que lucha contra el billete de banco, no resuelve nada, y teniendo por otro lado en cuenta el apoyo que los patronos reciben de los poderes públicos que ponen á su disposición todas las fuerzas sociales organizadas, magistratura, policía, soldados, etc.; buen número de trabajadores conscientes se han dado cuenta de la inutilidad de las huelgas parciales y han pensado que sería más conveniente organizar las sociedades de resistencia y agrupaciones con objeto de intentar una acción decisiva provocando la huelga general.

No es que creamos que la huelga general pueda decretarse y fijarse á plazo fijo, pero creemos fácil y posible la preparación del movimiento, y á este fin preconizamos la federación de todas las agrupaciones y sindicatos y la unión de todas estas federaciones en una Confederación encargada de la propaganda y de velar en vista de los sucesos económicos y políticos que pudieran producirse susceptibles de permitir la declaración del movimiento. Esta Confederación, por su organización, podría tener la facultad de sostener la inteligencia entre todas las organizaciones federadas.

A fines del año 1899 hubo preparación y declaración de un movimiento análogo, pero fracasó. La principal causa del fracaso fué debida al gobierno de entonces, que interceptó todas las correspondencias dirigidas á las sociedades de oficio, y ante esta arbitrariedad aconsejamos el envío de delegados en-

cargados de hacer llegar á manos de los interesados las circulares y demás.

No nos cansaremos de predicar la organización en este sentido, pues es un hecho innegable que en el pasado se presentaron varias circunstancias revolucionarias con probabilidades de éxito y si el pueblo no pudo sacar provecho de ellas fué debido á falta de preparación suficiente.

Consideramos igualmente que la huelga general, si queremos que sea fecunda, no ha de ser únicamente regional ni nacional, sino internacional en el sentido más extenso de la palabra, pues los anales de la historia nos prueban que la mayor parte de las revueltas que han fracasado debieron el fracaso al círculo estrecho y limitado del movimiento. Esta causa perdió á la Comuna en 1871.

Presentemente vémonos obligados á reconocer que la palabra Revolución no espanta ya á nuestros adversarios de clase, porque están prontos á todos los sucesos, mientras que, al contrario, la huelga general es para ellos lo desconocido, el adversario peligroso y misterioso cuya fuerza no han podido medir y que podría dar al traste con sus ambiciones de poder.

Por otra parte no podemos hacernos ilusiones respecto los temores de la sociedad burguesa. Apenas los congresos obreros la votaron que ya el Parlamento formuló varios proyectos de ley encaminados á retirar el derecho á la huelga á una determinada categoría de trabajadores. El famoso proyecto Merlin-Trarieux no se habría votado sin las amenazas de huelga general que se hicieron.

En Bélgica fué el comienzo de huelga general (1893) la causa de la institución del sufragio universal del modo parcial que allí se emplea. Consideramos que todos estos hechos son demasiado serios y graves para que pueda negarse la eficacia de este gran principio de huelga general.

¿Y qué fácil le sería al proletariado hacer una huelga general si tuviera la suficiente conciencia! Comparad: *Huelga parcial*: única cuestión que se persigue, elevación de salarios. Estas huelgas no pueden efectuarse sin tener una cierta suma en las cajas de la sociedad, lo cual es siempre causa de su fracaso. *Huelga general*: Si queremos que sea rápida y nos conduzca á nuestro objeto, nada de dinero ó la menor cantidad posible, ninguno sería mejor; que cada individuo tome lo necesario á su subsistencia allí donde lo halle. El resultado que hay que buscar es la emancipación completa del proletariado.

Concluiremos invitando á todos los ciudadanos amantes de su porvenir á que acepten este principio y nos secunden en nuestra propaganda.

PARTIDO OBRERO SOCIALISTA
REVOLUCIONARIO FRANCÉS

(Del Congreso Revolucionario de París).

Todo fraude, abominable siempre, se conviérte en laudable y glorioso en asuntos de guerra.

MAQUIAVELO

El derecho de conquista es el robo en grande escala.

WICLÉFF

Francisco Tomás

En pocos días dos grandes luchadores me- nos: ayer Sentiñón, ¡un sabio! hoy Tomás, un albañil.

¡Qué pérdidas tan dolorosas cuando todavía hay masas, es decir, átomos humanos sin personalidad y aptos para formar conjuntos de miles que no llegan al valor de la unidad y sólo se utilizan como comparsa en las ro- merías democráticas ó de otra especie!

Era Tomás una constancia inflexible, una tenacidad indomable; poseía una sonrisa com- placiente que animaba al que pretendía des- plazarle de su propósito, y se convertía, a pesar de su amable invariabilidad, en terrible sar- casmo para el desengañado pretendiente.

Entre el criterio y el ideal estableció la lí- nea recta allá en sus mocedades, cuando llegó á su oído el grito de Marx, "Trabajadores del mundo, asociados!" y de ella no le separó nadie, ni hubieran podido separarle todas las fuerzas cósmicas reunidas para conseguirlo.

Fué un internacional de verdad; estoy por decir el mejor, creo que en la actualidad era el único y con él se ha extinguido la especie; porque de sus contemporáneos, unos, por in- declarables utilitarismos, se han estaciona- do ó se han vuelto regresivos, y otros han evolu- cionado en sentido progresivo.

¡Qué hermosa estela deja en la vida el que por la línea recta se dirige á la supresión del dolor!

¡Cuánto se agiganta el recuerdo de un muerto tan honrado, comparándole con el hi- pócrita que, disfrazando torpe poltronería, se denomina oportunista y escoge el mal menor!

Tomás, llenaste dignamente tu vida.

Tu nombre, á la historia.

Tu cuerpo, á la tierra.

Tengas muchos imitadores!

Movimiento Social

HOLANDA.—En nuestro número anterior manifestábamos ciertas esperanzas acerca de la actitud del proletariado holandés. Hoy las vemos desvanecidas por el momento.

La huelga general con que se amenazaba, para el caso de llevar adelante un proyecto de ley contra las huelgas, ha fracasado. El proyecto es ya ley promulgada y sancionada y los huelguistas vuelven al trabajo.

Pero este fracaso, lejos de anular una poderosa y salvadora iniciativa, significa una depu- ración; es un paso de avance, una lección pro- vechosa para lo futuro, mortal para el oportu- nismo, guía para ese societarismo utilitario que sólo mira al día, confirmación para el proletariado puramente revolucionario.

Todo marchaba bien; las agrupaciones obre- ras manteníanse energías; la burguesía, timi- da, aconsejaba concesiones al gobierno, y éste, vacilante, carecía de resolución.

Entre tanto los trabajadores tenían un Comi- té, especie de Consejo Supremo, ó Poder ejecutivo, ó Mandarín definitivo y sin apela- ción á cuya voz se movían los confiados... ¡siempre confiados y cándidos!!! trabajadores que pensaban que la voz de sus representantes había de producir constantemente palabras de verdad, de justicia y de triunfo... y cuando menos lo esperaban oyóse un ¡Sálvese el que pueda!

Es un dato con que contábamos los que, á fuerza de desengaños y experiencia, sabemos hasta dónde llega la virilidad de los santones, raras veces insensibles al halago ó á la ame- nazza, pero necesario para la multi- tud, que obra todavía por los impulsos del entusiasmo ó por las decepciones de la más mínima contra- riedad.

Probablemente en aquel país será cuestión de empezar de nuevo, teniendo en contra ahora las desventajas creadas por el retroceso de las fuerzas proletarias y el avance osado de los gubernamentales. Es decir: hay que obrar en lo sucesivo con un oportunismo al revés, que es siempre el único resultado de todos los oportunistas.

Queda ahora la cuestión del boicote mari- timo á Holanda, asunto que, anunciado y co-

mentado entre los trabajadores de algunos puertos europeos, lo mismo puede ser hablar de la mar... que principio de una acción inter- nacional de gravedad. Veremos. No podemos decir más por hoy, y no queremos inspirar ilusiones optimistas ni menos dar pie á los pesimistas profesionales. Harto sabemos que la inteligencia y la voluntad están todavía muy por debajo del deber y de la conveniencia.

ITALIA.—Roma ha dado á la cristiandad burguesa el espectáculo de una semana llamada santa amenizada con una huelga general. Los admiradores póstumos del pobre galileo que dijo que siempre habria pobres en el mundo, han visto á los pobres rebelarse contra la ex- plotación cristiana causante de la pobreza proletaria, y los extranjeros ricos que acos- tumburan solazarse en Roma en tales días, los que no han echado á correr asustados, que han sido los más, han gozado viendo como las tropas del rey hereje, de acuerdo con el padre común de los fieles que tienen que perder, daban cargas y sablazos á los trabajadores que, por espíritu de solidaridad con los típo- grafos en huelga, se lanzan á la huelga gene- ral, haciendo acto de propaganda universal.

Aunque el objeto directo de la huelga no se ha logrado, indirectamente resulta un triunfo, cuyas consecuencias no se harán esperar, por- que una vez desengañados los trabajadores de la ineficacia de las huelgas locales para fines puramente societarios ó cuando más de refor- mas relativas, fijarán su inteligencia en la única, en la definitiva huelga revolucionaria.

De la Habana nos llegan noticias gravísi- mas. La burguesía toma represalias con aque- llos obreros que más se distinguieron en la huelga general del último noviembre. La de Cruces, alarmada por el creciente despertar obrero, no ha titubeado un momento y esco- giendo á dos de los más conscientes, los más decididos á la causa obrera, con engaños los llevó á la colonia de Jova donde fueron asesi- nados por unos cafes que vestían de Guardia Rural. Inútiles han sido las pesquisas, los ca- dáveres no han sido encontrados y ni la jus- ticia se ha preocupado de ello, hasta dos meses después el juez no creyó necesario hacer algu- nas preguntas á la madre de uno de los asesi- nados.

Las víctimas de la burguesía de Cruces son Amado Montero y otro apellidado Casañas, dignos trabajadores que llevaban el movimien- to societario de aquella población.

Nuestro querido colega ¡Tierra! ha publi- cado con tal motivo un enérgico número ex- traordinario relatando los sucesos, que titula *La inquisición en Cruces*, y en la que pone de manifiesto el proceder burgués de aquella jónven república.

También publica un manifiesto que los gremios y sociedades de Batabanó han dirigido á los trabajadores de Cuba proponiendo la huel- ga general para el 1.º de Mayo si no se ha dado la libertad á los presos por la huelga de noviembre.

Nuestros compañeros de la Habana han entrado en un periodo de agitación hermoso, que hace tiempo no veíamos en aquel país do- minado por el patriotismo más estúpido. El sema- nario ¡Tierra! cada número es más interesante y en él vemos tratados nuestros problemas con una lógica que nos encanta y hace dignos del aplauso de los anarquistas de la región espa- ñola.

Salud y adelante, amigos, hasta acabar con todas las plagas de la actual sociedad.

Misceláneas

He visto un número de *El Radical*, de Valencia.

Por él sé que Blasco Ibáñez y Soriano se acusan recíprocamente de borra- chos, amén de otras virtudes más ó menos teológicas.

No es eso lo que me extraña, sino que hayan esperado á regañar por mor-

del ideal político, es decir, por la jefa- tura; porque de seguro que á ser bo- rrachos, también lo serían antes, quan- do eran amigos, y no cuesta gran trabajo admitir que habrán corrido jun- tos alguna curda. Como que ya me los figuro como los dos personajes de una zaiuzela popular

Los dos aquí esta noche
la vamos á correr...
Aquí están dos mozos crudos,
más valientes que Roldán...

Afortunadamente para ellos y para la comunión que les cobija ambos beligerantes reconocen sumisos el princi- pio de autoridad.

Y la autoridad, en el caso presente, se halla, como las muchachas casade- ras, en el caso de merecer.

Y el supremo jerarca republicano ha ido á imponer la paz...

¿Paz entre dos ambiciosos?

¡A ver! ¿Quién me da razón del go- bierno del pueblo por el pueblo?...

Porque en Valencia... ni buscándolo con un candil.

San Exito está de moda. Es el santo que veneran todos los tráfugas.

Cierto general que se distinguió por su celo encarcelando á centenares de trabajadores por el solo delito de de- clararse en huelga, que fué felicitado y alabado por la burguesía barcelonesa por la huelga general de febrero de 1902, se arima ahora á la república porque dicen por ahí que está á la puerta.

Dejó á los republicanos para pescar la capitania y ahora volverá á ellos para que le hagan ministro.

El sol que más caliente es ahora re- publicano.

También los socialistas barceloneses por su órgano *La Guerra Social*, nos hacen saber que apoyaran á los repu- blicanos...

Y no deja de ser una consecuencia... socialista.

Correspondencia Administrativa

Vendrell.—Corresponsal. Recibí 2'45 á cuenta.

Analcólar.—A. D. Recibí libranza.

Tünger.—Corresponsal. Recibí sellos. Está bien. Se te envió paquete igual que otras veces. Reclama en Co- rreos.

Lebrija.—Corresponsal. Envié «Congresos» y folletos del 5. Recibí libranza.

Masana.—Corresponsal. Remití números atrasados y folletos de nuestra colección. Aumento.

Paris.—Corresponsal. Escribí y recibí tuya.

Dadajoz.—Corresponsal. Espero cumplir lo que dices.

Sevilla, Sabadell, Madrid, Morty, Valencia, Bilbao, Gibraltar, Mahón.—Envié folletos del número 5.

Córdoba.—A. de P. Recibí libranza. Recibirías los folle- tros y después «Congresos».

Montañudo.—V. M. y M. M. Escribí.

Trobia.—R. A. Van los números. Restan de F. B. 0'50 á pagar. Recibí las 6'80.

Palamos.—Corresponsal. Recibí de C., 5 pesetas.

La Unión.—Corresponsal. Cumplí encargo. Recibí sellos. Son á 7 céntimos ejemplar.

San Roque.—F. R. Van los números pedidos y nota.

Gibraltar.—H. C. Fueron folletos y nota. Van ahora aleyuas. Todo á la dirección de M. M.

Bilbao.—Grupo «Vida». Escribí y envié folletos. Van ahora aleyuas. Hice encargos.

Gastro del Rio.—Luz del Porvenir. Pago suscripción puede hacerse en sellos.

Pedrola.—M. A. Envié folletos. Queda abonado. Ade- lante siempre.

Sestao.—Corresponsal. Recibí 17 pesetas de *Productor*. Cartagena.—G. R. Idem idem, 12 pesetas.

Aviso

Ponemos en conocimiento de los compañeros de Alcoy, Lérida, Elche, y Mataró, que dejamos de enviar ejemplares del periódico, pues después de remitirles tres números seguidos ni se han dignado contestar los correspondales de dichas poblaciones.